

El Colegio de España en París como punto de intersección arquitectónico entre las ciudades universitarias de París y de Madrid

José Ramón Alonso Pereira
Universidad de La Coruña

PALABRAS CLAVE - KEY WORDS

Colegio de España, Ciudad Universitaria, Cité Universitaire, arquitectura española del siglo XX, Edad de Plata.

RESUMEN

Concebido en la monarquía de Alfonso XIII, puesto en funcionamiento por la República, reinagurado por los reyes en octubre de 1987 –hace ahora 25 años–, el Colegio de España en París refleja el devenir histórico español en el siglo XX y simboliza el entretreído de relaciones entre las culturas francesa y española a lo largo de ocho décadas. Elevado en el seno de la Cité Universitaire de París por López Otero, arquitecto de la Ciudad Universitaria de Madrid, la relación entre ambos proyectos universitarios hace emblemático el análisis de esta obra, cuyos ideales arquitectónicos y universitarios pertenecen, a la vez, a la Cité Universitaire de París y a la de Madrid, y cuya arquitectura simboliza el tiempo final de la Edad de Plata.

ABSTRACT

Conçu dans le royaume de Alfonso XIII, mise en fonction par la République, reinaguré par les Rois en octobre 1987 –il-y-à 25 années–, le Collège d'Espagne à Paris reflète bien le devenir historique espagnol au XXe siècle et symbolise l'entretissu de relations entre les cultures française et espagnole au long des décades. Elevé au sein de la Cité Universitaire de Paris par López Otero, architecte de la Ciudad Universitaria de Madrid, la relation entre les deux projets universitaires fait tout emblématique l'analysis de cette oeuvre, dont les idéales architecturales et universitaires appartient, au même tour, à la Cité Universitaire de Paris et à celle de Madrid, et dont l'architecture symbolise le dernier temps de l'Edad de Plata espagnole.

En las últimas décadas del XIX, la cultura española había tomado un camino ascendente que le llevó a un periodo de apogeo sin precedentes desde el Siglo de Oro. A una verdadera Edad de Plata durante la cual la pintura, la novela, el ensayo, la música y también la arquitectura lograron un prestigio singular en los medios europeos.

El Colegio de España en París simboliza bien el tiempo final de la Edad de Plata¹ (1). Un tiempo en que España y su cultura estuvieron de actualidad en el mundo, ligándose la valoración internacional a la prosperidad económica y a un proyecto reformista que quiso abrir una nueva página europea. El Colegio simboliza también los compromisos entre tradición y vanguardia en la arquitectura española, que pueden encuadrarse dentro de la llamada Escuela de Madrid, dirigida en esos años por Modesto López Otero (1885-1962), arquitecto de la Ciudad Universitaria de Madrid y autor del Colegio de España. Su proyecto en el seno la Cité Universitaire de París vio la luz en una Europa que, tras la Guerra de 1914-1918 quería reconstruir el dialogo entre sus pueblos y reformulaba sus modelos universitarios. España —que había mantenido una activa neutralidad durante la Guerra— no quiso quedar al margen de ese proyecto.

1. Las ciudades del saber

A comienzos del siglo XX eran tres los principales modelos universitarios vigentes en Europa: la universidad británica de *colleges* que aunaba docencia y convivencia, la universidad francesa de alta docencia, conferidora de títulos habilitantes, y la universidad alemana que primaba la investigación, derivando de ella la docencia. A ellas se les había unido recientemente como un modelo propio el de la universidad norteamericana: la llamada 'ciudad universitaria', a base de *campus*, urbes menores separadas tanto de la ciudad como del campo, con todas las dotaciones precisas para el desarrollo integral de la vida de profesores y alumnos.

Esta Universidad americana tal como hoy la conocemos había surgido a finales del XIX. Por esas mismas fechas había aparecido también en todo el mundo una visión renovada de la ciudad y la arquitectura. Cuando en los años veinte los distintos países aborden la reforma y sistematización universitaria, el modelo de la nueva Universidad será el de una ciudad del saber: una *City of Learning*, con múltiples departamentos, facultades, centros y alojamientos. El sistema arquitectónico *Beaux-arts* intentaría traducir esos ideales, organizando y facilitando la ordenación de su gran escala, e integrando los diferentes edificios o elementos en una composición unitaria².

De todos esos modelos universitarios parecía deseable extraer sus mejores aportaciones. De la tradición inglesa, la educación cívica y el desarrollo personal del estudiante. De la universidad alemana, científica, investigadora y rigurosa, la armónica combinación de seminarios y laboratorios. De la universidad napoleónica española y francesa, el concepto unitario, la jerarquía administrativa y la unidad de criterio docente al que deberían unirse, según las ideas educativas modernas, la difusión de la cultura, la formación profesional y la investigación. Cuando las distintas capitales europeas se enfrentaron en los años veinte al problema de crear nuevos recintos universitarios, analizaron las diversas posibilidades, optando por uno y otro modelo teórico, buscando una nueva formulación arquitectónica a través de modelos urbanísticos nuevos que dieron lugar a grandes áreas o ciudades universitarias.

En esas décadas, la definición metropolitana va ligada a la redistribución sectorial de sus funciones urbanas, tanto en las intervenciones localizadas de barrio o distrito, cuanto en opciones determinantes como la implantación y traza de las infraestructuras ciudadanas y, entre ellas, como escala superior de los equipamientos docentes, la enseñanza universitaria. Este es el origen, tanto en París como en Madrid o en otras capitales de Europa de la Ciudad Universitaria, si bien con tres modelos diferenciados: la ciudad universitaria docente, la ciudad universitaria residencial, y la ciudad universitaria

¹ ALONSO PEREIRA, José Ramón: *Ingleses y españoles: la arquitectura de la Edad de Plata*, La Coruña 2000. La presente monografía forma parte de un libro en preparación sobre el Colegio de España, fruto de varios años de investigaciones en él.

² CAMPOS CALVO-SOTELO, Pablo: *La Universidad en España, historia, urbanismo y arquitectura*, ed. Ministerio de Fomento, Madrid 2000. Sobre el modelo americano vid. HEGEMANN, Walter y PEETS, Elbert: *The American Vitruvius: an Architect's Handbook of Civic Art* (1922), ed. castellana Arquia, Barcelona 1993.



Fig. 1. Patronato de la Ciudad Universitaria, presidido por el rey Alfonso XIII, junto al que aparece el arquitecto López Otero, Madrid 1928.

integral, a la vez docente y residencial. Roma, París y Madrid serían, respectivamente, sus principales ejemplos coetáneos.

2. La Ciudad Universitaria de Madrid

En contraste con las ciudades universitarias de París —sólo residencias, sin centros docentes propios— o Roma —sólo facultades, sin residencias universitarias—, Madrid reuniría facultades, residencias y servicios universitarios, agrupados por sectores y formando núcleos satélites dentro del campus general, separados unos de otros por extensas áreas ajardinadas. “La Ciudad Universitaria madrileña será la mejor, la primera de Europa”, se afirmó³. Su proyecto nada tendría que envidiar a las más adelantadas de otros países. Para ello partía del conocimiento y tipificación de los distintos modelos universitarios existentes en el momento, recogiendo a la vez las ideas nucleares de células docentes e investigadoras o *unit systems* y las de agrupación de los servicios universitarios generales, dentro de conceptos compositivos claramente vinculados aún al *civic art movement*, tanto en su traza general como en el desarrollo de sus elementos. La imagen de con-

junto debía responder a la de una “universidad jardín”, emplazada dentro de un gran parque⁴.

La idea para crear un área sectorial dedicada a actividades universitarias se remonta a 1910 y cristalizó en 1927 cuando —haciendo coincidir la presentación del plan con la celebración de sus 25 años de reinado—, Alfonso XIII (1886-1941) decidió promover un nuevo y amplio campus, cediendo para ello terrenos del Real Patrimonio.

En mayo de 1927 se creó la Junta de la Ciudad Universitaria (figura 1), constituida por 17 miembros de la élite política y universitaria, de la que formaban parte dos arquitectos: Luis Landecho, presidente de la Junta de Construcciones Civiles, y López Otero, director de la Escuela de Arquitectura. Relegando un anteproyecto del arquitecto de la Universidad, Javier Luque, la Junta planteó convocar un concurso de proyectos internacional, “similar al propuesto en 1899 en la Universidad de Berkeley”.

Florestán Aguilar, amigo del rey y secretario de la Junta, que se había formado en Estados Unidos, sugirió pedir asesoramiento a la Fundación Rockefeller de Nueva York, que en marzo había convocado concurso para crear en Madrid un Instituto de Física y Química. El doctor Alan Gregg, representante en Europa de

³ LÓPEZ OTERO, Modesto: *La Ciudad Universitaria de Madrid*, opúsculo editado por su Patronato, Madrid 1928. Los proyectos de sus edificios se publicaron en la rev. *Arquitectura*, 151/1931 y ss.

⁴ Sobre la Ciudad Universitaria, vid. AA. VV.: *La Ciudad Universitaria de Madrid*, COAM, Madrid 1988, 2 vols., CHÍAS, Pilar: *La Ciudad Universitaria de Madrid*, ed. Complutense, Madrid 1986, y CAMPOS CALVO-SOTELLO, Pablo: *75 años de la Ciudad Universitaria de Madrid*, ed. Complutense, Madrid 2004.

la Fundación, visitó Madrid y no sólo ofreció su colaboración, sino que invitó a la Junta a visitar diversas universidades de Europa y Estados Unidos. El informe tras el viaje provocó un giro radical en el programa, que llevó a la Junta a renunciar al concurso y encomendar a López Otero los trabajos de la Ciudad Universitaria en abril de 1928.

López Otero tuvo el buen acuerdo de incorporar a la empresa los talentos más prometedores de entre sus antiguos alumnos, haciendo de la Ciudad Universitaria un laboratorio de ensayo de la nueva arquitectura. Formó así un gabinete técnico dirigido por él e integrado e integrado por los ganadores del reciente concurso de la Fundación Rockefeller: Manuel Sánchez Arcas (1895-1970) y Luis Lacasa (1896-1966), Miguel de los Santos (1896-1991) y Agustín Aguirre (1896-1985), autores del primer y segundo premio, respectivamente; los últimos, además, asiduos colaboradores de su estudio. Incorporó asimismo a Eduardo Torroja, que calculó las infraestructuras del campus y las estructuras de los edificios⁵. Esta Oficina Técnica –cuyo membrete aparecerá reiteradamente en los papeles y escritos referentes al Colegio de España en París–, desarrolló entre el verano y el otoño los primeros croquis de zonificación, presentando en diciembre de 1928 la imagen final del campus y el anteproyecto de sus primeros edificios, con cuyos planos, más una perspectiva ideal del conjunto y una maqueta de volúmenes –donde la “envergadura arquitectónica” del paraninfo, contrastaba con la sobriedad del resto de las construcciones– se verificaría una Exposición. Unos meses antes, en mayo, se había presentado un avance o plan de etapas, estimándose el valor de las obras de urbanización y construcción de los edificios en 30 y 100 millones de pesetas, respectivamente, cuya suma equivaldría hoy a casi 400 millones de euros.

Tomando como base las trazas generales de un antiguo proyecto suyo para una Exposición Universal en Madrid (1911) –pero a una escala considerablemente mayor–, concibió López Otero un vasto plan beauxartiano a base de grandes ejes y avenidas pensadas con una doble función: organizar y enfati-

zar la composición, y segregar el conjunto, constituyendo unidades o campus menores, según el modo norteamericano (figura 2). Su modelo urbanístico era, pues, una síntesis de los mundos europeo y americano que aunaba la tradición beauxartiana y el moderno experimentalismo⁶.

Ocupando 320 hectáreas rodeadas de terrenos no edificables –es decir, la mayor zona universitaria de Europa–, se quería que todo el conjunto fuera un gran parque. “La Ciudad Universitaria podría denominarse Universidad Jardín”, afirmaba López Otero, en una referencia a las ideas generalizadas del ‘movimiento urbano’ en los años veinte

Además de las zonas verdes, tenía la urbe docente cinco grandes zonas: de Facultades, de Medicina, de Bellas Artes, de Residencias y de Deportes. A su vez, la primera se descomponía en tres núcleos independientes aunque relacionados entre sí: el de Ciencias, el de Letras y el Paraninfo. Cada uno de estos sectores tendría un arquitecto-responsable, siempre bajo la dirección de López Otero. De la zona de Ciencias se encargó Santos; de la de Letras, Aguirre; de la médico-clínica, Sánchez Arcas; y de la médico-docente, Santos. Las últimas zonas no llegaron nunca a tener un responsable directo, pues al comprender edificios singulares diversos del tipo de las Escuelas de Arquitectura y de Bellas Artes, el Conservatorio, los estadios y campos deportivos y las residencias de estudiantes y profesores, donde podrían intervenir arquitectos ajenos al gabinete técnico, prefirió reservarse la coordinación López Otero quien asimismo se reservó los edificios singulares del conjunto: el Rectorado, la Biblioteca general y el Paraninfo, nunca construidos. En este contexto se enmarca la ‘reserva’ del Colegio de España que, por otra parte, le fue encargado a nivel personal.

Para su formalización se confió en el valor universal del lenguaje académico, superador de localismos y nacionalismos. A la composición rígida y retórica de plazas y edificios, se une una sencillez volumétrica y una voluntad de simplicidad racional, cuyo compromiso entre academia y vanguardia adquiere valor emblemático.

En febrero de 1929 se licitaron las obras, dándose comienzo en junio a la red viaria y

⁵ Todos ellos forman parte de la llamada Generación de 1925 grupo de profesionales nacidos al filo del siglo, que obtuvieron su título entre 1918 y 1923, sólidamente formados para abordar el problema del clasicismo racional.

⁶ ALONSO PEREIRA, José Ramón: *Madrid 1898-1931, de Corte a Metrópoli*, ed. Comunidad de Madrid, Madrid 1985.

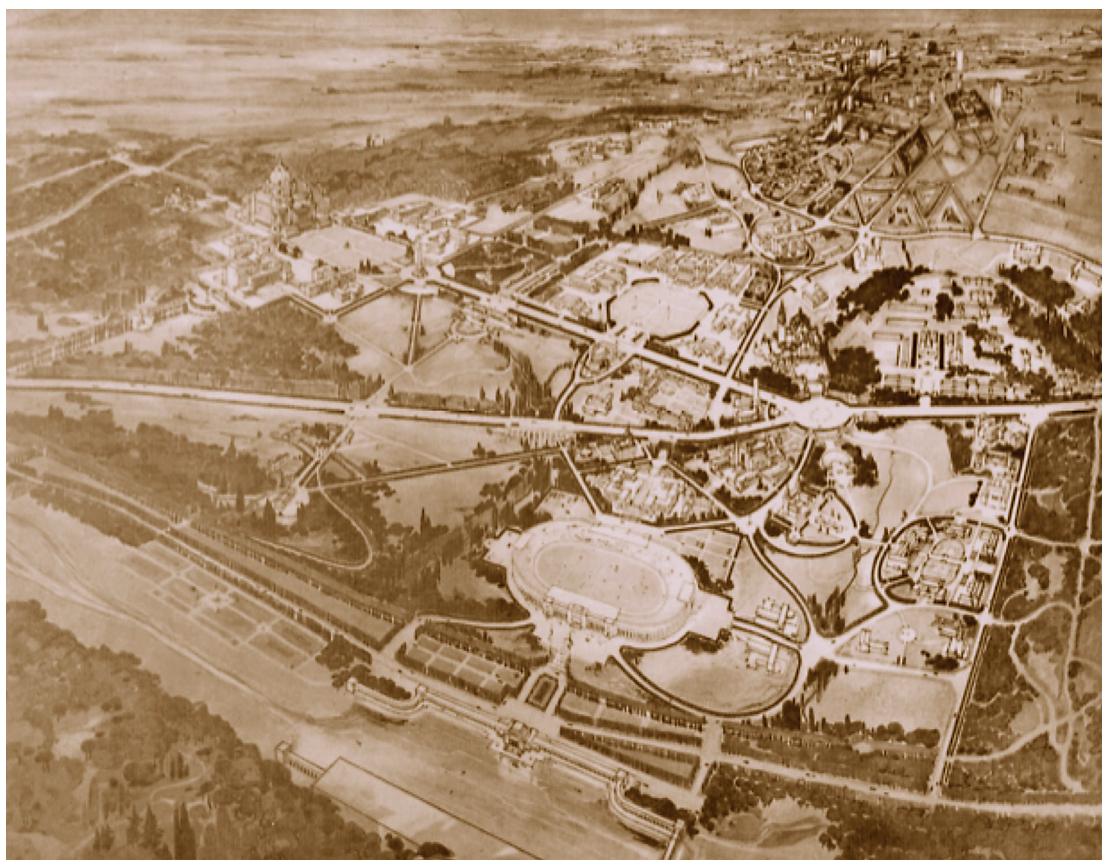


Fig. 2. La Ciudad Universitaria de Madrid, perspectiva general 1928-29.

la urbanización, así como a la residencia-fundación del Amo. En 1930 comenzaron las facultades de Medicina y Farmacia; en 1931, el Hospital Clínico, los núcleos de las facultades de Letras y Ciencias, la Escuela de Arquitectura y las Residencias de Estudiantes, obras todas ellas inauguradas antes de 1936 y que, dañadas gravemente durante la Guerra Civil, fueron reconstruidas con fidelidad a los proyectos iniciales por un equipo dirigido por López Otero. Pues tanto los gobiernos de la República y como de Franco, lejos de rechazar la obra monárquica, le dieron nuevos bríos para aprovecharla como elemento emblemático de sus respectivas políticas educativas.

La Ciudad Universitaria quiso ser también crisol cultural del mundo hispánico, siendo ésta una de sus bases propagandísticas, participando de los ideales de Hispanidad que inspiraban las Exposiciones de 1929. Con ese espíritu se abordó también el Colegio de España en París, confirmando la visión de éste como un edificio —muy especial, sin duda— de la Ciudad Universitaria madrileña, conjuntamente expuesto en 1929 en la Hispanic Society de Nueva York.

3. La Cité Universitaire de París

La Cité Universitaire vio la luz en el seno de una Europa que, tras la Guerra de 1914-1918, deseaba reconstruir el diálogo entre sus pueblos. Fue propuesta por André Honnorat (1868-1950) ministro de Educación, como un lugar dedicado a residencia de estudiantes para promover una nueva comunidad internacional, donde las élites futuras de todos los países aprendieran a conocerse y a vivir juntos⁷. Su ánimo era convertir Francia en un centro cosmopolita: “reconstruir alrededor de la Universidad de París los *collèges* de las naciones que le dieron desde la Edad Media su carácter de universalidad y le hicieron ser el primer *foyer* espiritual del mundo” (figura 3).

Se ubicó en la antigua zona de fortificaciones de París, desmilitarizada tras la Guerra y cedida al municipio de París, que extendió su límite hasta ella. Entre 1920 y 1924 se supri-

⁷ BLANCHON, Bernardette: *La Cité Universitaire de Paris, 1919-1940*, Archives d'Architecture du XXe siècle, París 1991.



Fig. 3. La Cité Universitaire de Paris, foto aérea de conjunto h.1950.

mieron muros, se nivelaron fosos y glacis, y comenzó a acondicionarse la zona y vaciarse de sus ocupantes, reemplazando las fortificaciones por un anillo verde, autorizándose la construcción de viviendas y obras sociales sobre un 25% del espacio liberado. Sobre esta previsión, se afectaron 34 hectáreas —es decir, la décima parte de la Universitaria de Madrid— para la Cité Universitaire, creada por Ley en junio de 1921.

Se cedió a la Universidad la zona comprendida entre los bastiones 81, 82 y 83 entre las puertas de Gentilly y Arcueil, sobre un sitio reorganizado por la cubrición del acueducto del Vanne y del ferrocarril de Sceaux (1931). Se amplió luego el área con una fracción de ‘zone’ que no llegó a liberarse hasta 1934, conservándose la vía que en prolongación del parque Montsouris y sobre la traza del antiguo acueducto atravesaba el bulevar; marcando en diagonal el paso entre la entrada y el Pabellón Suizo. Frente a la Cité, sobre el lado opuesto, se instaló el estadio universitario⁸.

Los terrenos dedicados a la Cité se hallan al sur de París, “en uno de los barrios más desdichados y por hacer de la gran urbe —se escribía en 1929—. Nada que decir contra la estética del sitio; mucho en cambio de su despoblación y

desurbanización. Seguramente por eso, pensaron los que fundaron la Ciudad Universitaria que convenía regalar los terrenos para que las naciones extranjeras se apresuraran a construir suntuosos edificios y aportaran a los alrededores un valor del que carecen”. Pues la Cité Universitaire —concluía— “es una empresa que pertenece al porvenir”.

La iniciativa de Honnorat contó con el apoyo del matemático Paul Appell, rector de la Universidad de París y presidente de la Academia de Ciencias y del Instituto de Francia, de Fernand Brunot en su doble calidad de decano de la Facultad de Letras y alcalde del distrito XIV, así como de David-Weil, coleccionista de arte, presidente del Consejo Nacional de Museos, y de Émile Deutsch de la Meurthe, industrial y mecenas alsaciano, director de la compañía petrolera Júpiter, que elevó la primera residencia. Ellos fueron los padres de la Cité, trabajando unidos para dar a su proyecto una dimensión internacional.

En los años sucesivos, se logró interesar a estadistas de diversos países en el proyecto, organizándose conferencias y viajes para obtener un amplio soporte humano. Como resultado, Jean-Hubert Biermans Lapôtre, financió la creación de la Casa Belga en 1926, el senador Joseph Marcellin Wilson respaldó la fundación de la Casa del Canadá, Edward Nathan, la del Colegio Franco-Británico (1927-1937), Otto Bemberg, la del Argentino (1928), Jikei y Jirochatchi Satsuma, la Casa del Japón

⁸ LEMOINE, Bertrand: *La Cité Internationale Universitaire de Paris*, ed. Hervas, París 1990, y COHEN, Jean-Louis: *La Cité Universitaire, un chantier précoce*, en: *Des Fortifs au Perif*, ed. Picard, París 1991.

(1929), mientras Benny Dessau, de Brasseries Tuborg, y Helge Wanbert, consejeros de la embajada en París, lanzaron una colecta de fondos privados para construir la Fundación Danesa (1932), a la que se asoció el Estado. Al mismo tiempo que un comité franco-americano acometía la Fundación de Estados Unidos (1930), y diversos gobiernos contribuían a la financiación de los pabellones de sus naciones respectivas, como la Casa de Suecia (1931), erigida con fondos privados completada por el gobierno sueco, o la de Grecia (1932) para cuya construcción se reunieron por suscripción fondos completada por el gobierno. El principal mecenazgo correspondió al millonario norteamericano John D. Rockefeller, que financió la Maison Internationale (1930-36), centro de la Cité, con restaurante, biblioteca, piscina y otros servicios. Unos años antes, invitada por Rockefeller, una delegación de la Cité viajó a Estados Unidos, elaborando a su vuelta el programa de los edificios que formarían el centro de la Cité.

La Universidad cedía gratuitamente superficies proporcionales al número de estudiantes a alojar, a condición de observar ciertas obligaciones sobre la organización y construcción de los edificios, cuyos proyectos, antes de presentarse al Municipio, se sometían a la Cité para velar por las bases generales urbanísticas. Los edificios se entregaban luego a la Universidad por medio de una donación.

Em junio de 1920 se encomendó el proyecto general a Lucien Bechmann (1880-1968) y el estudio del parque a Jean-Luc Forestier (1861-1930): Si los croquis de éste conjugaban alineaciones rectilíneas de árboles, bosquets pintorescos y campos de juego, los alojamientos de estudiantes proyectados inicialmente por Bechmann⁹ se agrupaban en pequeñas *maisons* articuladas según la composición de las ciudades-jardín británicas, más que en las composiciones para estudiantes propias de las Universidades americanas

Los pabellones extranjeros mostraron un amplio registro arquitectónico, pasando de los estilos nacionales a la modernidad y haciendo de la Cité Universitaire una verdadera exhibición de la arquitectura del siglo XX, que refleja su pluralidad.

No se fijó ninguna regla para seleccionar los arquitectos de los edificios, aunque los franceses construyeron la mayor parte, solos o colaborando con arquitectos locales propios. Se dejó libertad a cada país en cuanto a la forma del edificio, aconsejando inspirarse en los estilos característicos nacionales, evocando la especificidad de cada país con significantes claramente identificables. La mayoría optó por fórmulas más o menos historicistas, si bien algunos prefirieron reflejar el estilo de la época más que el del país. Holanda en 1927 y Suiza en 1932.

Entre 1925 y 1939 se construyeron 22 edificios. Comenzó el primero la Fundación Deutsch de la Meurthe en 1921; le siguieron en 1924 la belga, la canadiense y la argentina; en 1925, la del Instituto Agronómico; en 1927, la Casa de Japón, la de Indochina, la de Holanda, la de Suecia, la de Estados Unidos, el Colegio de España, el Franco-británico; en 1928, la Fundación armenia; en 1929, la danesa, la de Cuba y la de Mónaco; en 1930, la Fundación Helénica y la de las Provincias de Francia; en 1931, el Pabellón Suizo. Cada edificio disponía de salas de reunión, comedores, y cuartos de baño colectivos. La Cité se dotó de teatro, sala de deportes, piscina, restaurante e incluso un banco, una oficina de correos y un servicio médico. En vísperas de la Guerra Mundial, la Cité contaba con 2.400 camas.

4. El Colegio de España

Como ya hemos indicado, el Colegio de España¹⁰ pertenece, a la vez, a la Cité Universitaire y a la Ciudad Universitaria, en sus ideales y en su arquitectura (figura 4).

La idea de su construcción surgió tras la Guerra Europea, cuando la representación diplomática y los estamentos universitarios hicieron gestiones ante el Gobierno para lograr la participación española en la Cité Universitaire, solicitándose en julio de 1924 información encaminada a “fundar una Institución española en París”, similar a la Casa de Velázquez en Madrid. Dos años después, en mayo de 1926, el Gobierno anunció su intención de alzar una “Maison de l’étudiant espagnol” en la Cité Universitaire, “donde los países más im-

⁹ DREYFUSS-SEE, Geneviève: *La carrière de Lucien Bechmann (1880-1968)*, Archives d'Architecture du XXe siècle, Fonds Bechmann, Paris s/f.

¹⁰ Como “*Pavillon Espagnol à la Cité Universitaire*”, fue publicado por la revista *L'Architecture*, Paris, 11/1938, 393-396. Toda la restante documentación manuscrita y hemerográfica citada aquí está obtenida del Archivo del Colegio de España (ACEP).



Fig. 4. El Colegio de España, volumetría mostrando su inserción en la Cité.

portantes están ya representados”. “El propósito —se dijo— es que la Casa del Estudiante Español sea capaz para 70 u 80 huéspedes, de los cuales 60 podrían ser muchachos que cursaran allí sus estudios y 20 hombres de carrera que fuesen a ampliar sus conocimientos”.

Este propósito se encarriló en 1927, coincidiendo también con el 25 aniversario del reinado de Alfonso XIII. Todavía el 10 de junio, el embajador dudaba: “Hasta ahora no se ha hecho más que pedir y repedir datos (...) Me parece que lo que sería conveniente hacer, dada la concurrencia, es ir a la elección ya oficial de los terrenos, antes de que nos lleven otros países todos los de mejor situación” Pocos días después, el 25 de junio, Alfonso XIII, en viaje privado a París, tras visitar la Cité, escogió el emplazamiento para la construcción. Asimismo, enterado de que “otros países como Bélgica alojaban 225 estudiantes, Estados Unidos 260 e Inglaterra 150, pidió (...) ampliar los terrenos hasta la correspondencia reglamentaria con un edificio para alojamiento de 150 estudiantes”¹¹. Su deci-

sión fue ratificada por el Gobierno, creando el Colegio por Real Decreto el 15 de julio y encomendando al Ministerio de Instrucción las medidas necesarias para “construir, instalar y dotar sus servicios”. Dos meses antes había tenido lugar la creación de la Ciudad Universitaria de Madrid, cuyo paralelismo y contemporaneidad son significativos.

El tema se confirmó el 8 de noviembre, cuando, tras la concesión de suelo para el pabellón español, se firmó el Acta de Donación a la Universidad de París, fijándose en dos años el plazo de construcción. La prensa francesa se hizo eco de ello, resaltando cómo esta fundación era la primera hecha en por un gobierno, cobrando por ello una importancia particular. Por su parte la prensa española informó de los detalles de la fundación y del anuncio ministerial —como en el caso de la Ciudad Universitaria— de un concurso entre arquitectos españoles “para elegir los planos del edificio”.

Casi simultáneamente, el 27 de octubre tenía lugar la creación del Patronato o Comisión del Ministerio de Instrucción para el Colegio, integrada por el duque de Alba como presidente de la Junta de Relaciones Culturales, el embajador en París, Quiñones de León, y el director de Enseñanza Superior, González Oliveros.

¹¹ Plano de parcela, con superficie, cotas y servidumbres, modificado el 27 de marzo, donde se indica: “Lot 10, Fondation Espagnole, supf. 3.291, 49 m²”. ACEP.



Fig. 5. El Colegio de España, foto perspectiva h.1935

Ante la envergadura del proyecto, se intentó reducir sus dimensiones, planteando –como la Casa de Velázquez– hacer el edificio con 50 habitaciones, “susceptible de ampliación a 150 a medida que las necesidades lo requieran y las circunstancias lo permitan”. La Cité se opuso a tal reducción, en razón del compromiso firmado, abriendo un contencioso que se prolongó hasta mayo, cuando el Presidente del Gobierno telegrafía: “Orden definitiva, construcción Colegio 150 habitaciones”, proponiéndose conceder 50 de ellas a estudiantes iberoamericanos. Poco antes, el 18 de abril, se nombraba a Luis Doreste “representante en París encargado de los asuntos relacionados con la construcción del Colegio de España”.

Resueltos los contenciosos que paralizaban el tema, el duque de Alba, en nombre del Rey y como presidente del Patronato, encargó a López Otero la ejecución del proyecto, olvidando el concurso. El 2 de junio, Alba escribe a Quiñones: “Encargué a López Otero gran actividad y ya la está desarrollando, esperando tener el anteproyecto terminado para llevarlo a París a fines de este mes, y el proyecto definitivo hacia el otoño, para comenzar a trabajar en seguida”. Casi simultáneamente, el 25 de abril de 1928, la Junta de la Universitaria, presidida por el Rey,

nombraba arquitecto-director de ella a López Otero y le encargaba el proyecto de conjunto. El hecho de partir una y otra iniciativa de Alfonso XIII evidencia el deseo de unificar la autoría de ambos proyectos.

Realizado con celeridad y en paralelo con los trabajos de la Ciudad Universitaria madrileña, el 30 de junio se remitió a París el anteproyecto, aprobado por la Junta de Relaciones Culturales, que causaría en París grata impresión por “el depurado arte y el estilo español de suma elegancia con que está concebido”. La prensa española, por el contrario, llegó a cuestionar la razón de ser del Colegio y su lugar en la Cité. “Obras hay en España –se dijo– de carácter mucho más urgente que ésta”. El proyecto se concretó en diciembre, aprobándose definitivamente en 1929 (figura 5).

Catedrático de proyectos y director de la Escuela de Madrid, en esas fechas López Otero había realizado ya investigaciones en las Universidades europeas y americanas para redactar el proyecto de la Ciudad Universitaria y había reunido abundantes datos acerca de los temas universitarios, lo que hacía de él un candidato idóneo para abordar el Colegio, en su doble dimensión nacional e internacional.

5. Antecedentes y viajes

En ambos proyectos universitarios es de resaltar no sólo su contemporaneidad sino también la comunidad de sus bases y la coincidencia entre las investigaciones y los viajes a Estados Unidos de López Otero y la Junta madrileña, con el de los hombres de la Cité Universitaire, ambos invitados por la Fundación Rockefeller.

La Junta de Madrid pidió asesoramiento a la Fundación Rockefeller de Nueva York, que en marzo había convocado concurso para crear en Madrid un Instituto de Física y Química, concurso ganado por Lacasa y Sánchez Arcas¹². El doctor Alan Gregg, representante en Europa de la Fundación, visitó Madrid y no sólo ofreció su colaboración, sino que propuso a la Junta una visita a diversas universidades de Europa y Estados Unidos.

La Junta aceptó la oferta, dejando en manos de la Fundación Rockefeller los preparativos para que una comisión, de la que formará parte López Otero, visitase las principales Universidades europeas y norteamericanas¹³. Del 31 de agosto al 20 de septiembre recorrerían Europa, y del 29 de septiembre al 20 de noviembre América. Tras visitar varios centros universitarios europeos, como Utrech, Leiden, Hamburgo, Berlín Lyon o París —donde pudo aprovechar el viaje para visitar la Cité Universitaire y los terrenos del Colegio de España—, en septiembre la comisión zarpó de Santander con destino a Nueva York, primera etapa de un viaje de dos meses en que recorrieron el este de Estados Unidos y Canadá, deteniéndose en Yale, Harvard, New Haven, Boston, Montreal, Toronto, Chicago, Ann-Harbor, Rochester, Washington, Baltimore, Princeton y Nueva York, con visitas concertadas a través de la Fundación Rockefeller. Vueltos a Europa, visitaron alguna universidad inglesa, en especial la de Londres, por entonces en proceso de transformación. A finales de año regresaron a Madrid. El informe tras el viaje vino a confirmar cómo el Colegio de España en París se vio como un edificio más —especial y extraterritorial— de la Universitaria. Así lo entenderían López Otero y Alfonso XIII. Al año siguiente, en noviembre de

1928, Sánchez Arcas y De los Santos viajarán asimismo a Estados Unidos y Canadá¹⁴, visitando diversos centros médicos, como base para sus proyectos en la Ciudad Universitaria.

En Norteamérica vieron una arquitectura que —escribió Lacasa—, “después de haberse echado encima el pesado ropaje de los estilos históricos, empieza a desprenderse de él, simplificando, aquilantado y sacando a la superficie la vitalidad orgánica” de una arquitectura que, “bajo un ropaje formalmente clasicista, resuelve con éxito los nuevos programas funcionales y técnicos”. Tanto la Ciudad Universitaria como el Colegio de España se harían eco en distinto grado de esta lección americana, con un compromiso entre los principios académicos y la búsqueda de soluciones técnicas y funcionales. No se escatimaron medios en las instalaciones; se utilizaron nuevos materiales; el mobiliario se diseñó según criterios modernos...

Invitada asimismo por Rockefeller, una delegación de la Cité viajó a Estados Unidos¹⁵ entre noviembre de 1927 y enero de 1928, visitando Berkeley, Stanford, Duke, Princeton, Yale, Northwestern, Chicago, Michigan, Ann-Harbor, Cornell, Toronto, Harvard y Columbia. Sobre el barco de vuelta, Honnorat y Bechmann elaboraron el programa completo de los edificios que debían formar el centro de la Cité, el mayor de los cuales, financiado por Rockefeller, se llamará Maison Internationale (1930-1936).

Si la aportación de Rockefeller: en Madrid era previa, reflejada en el Instituto de Física y Química, en París su aportación: la Maison Internationale, fue consecuencia del viaje. Una y otra dejan constancia edificada de la importancia de los viajes y del impulso universitario de Rockefeller en Madrid y en París.

Frente a la apertura viajera de Madrid y París: de López Otero y de Bechmann, surge la Roma ensimismada de Marcello Piacentini: la Cité Universitaria romana que, aunque cronológicamente fuera la última en proyectarse, fue quizá la primera en concebirse y la primera también en ultimar su edificación¹⁶.

¹² El concurso fue convocado por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, costean-do el edificio el International Educational Board de la Fundación Rockefeller; a él se presentaron 7 proyectos, publicados luego por la rev. *Arquitectura*, 105/1928.

¹³ CAMPOS CALVO-SOTELO, Pablo: *El viaje de la Utopía*, ed. Complutense, Madrid 2002.

¹⁴ Especializado en arquitectura hospitalaria, Sánchez Arcas había ya ganado el concurso para el Hospital Español de Beneficencia de Méjico, y además del Hospital Clínico de la Universitaria, proyectaría los provinciales de Logroño (1930), Toledo (1931), San Sebastián (1933). Vid. rev. *Nuevas Formas*, Madrid, 6/1935, ps. 284-287, y rev. *Nueva Forma*, Madrid, 33/1968, dedicado.

¹⁵ DREYFUSS-SEE, G., op. cit.

¹⁶ PIACENTINI, Marcello: *La Città Universitaria di Roma*, rev. *Architettura*, nº especial, oct 1935. Vid. ALONSO

Ya en 1888, al tiempo que se ponía la primera piedra del Policlínico de la Facultad de Medicina, se propuso fundar la Universidad junto a él. Una Ley especial decretó que todos los Institutos y Facultades debían reunirse en una única sede para formar una *Universitas Studiorum*. Pero, redactado el proyecto e iniciados los trabajos, se paró la propuesta. La idea unitaria se retomó en el ventenio fascista, abordándose en 1928 el proyecto definitivo bajo la coordinación de Marcello Piacentini (1881-1960), quien —tras una investigación sobre los sistemas universitarios de París, Bruselas, Amsterdam, La Haya, Zurich, Hannover, Leipzig, Munich y sobre todo de Madrid—, optó por “retomar y desarrollar el tema antiquísimo de componer con diversas construcciones una *piazza* definida volumétricamente”. Frente a la universidad-jardín, la universidad-ágora.

Es de resaltar la coincidencia generacional y humana entre los hombres de este nuevo mundo universitario en toda Europa: Piacentini, Bechmann, López Otero, incluso el mismo rey Alfonso XIII, nacidos todos ellos en los años 1880.

6. Referentes y paralelismos

En el proceso de proyecto del Colegio aparecen como referentes ciertos ejemplos que parece conveniente analizar. Dejando aparte los antiguos modelos renacentistas y barrocos, con obras señeras como los colegios de Salamanca o Alcalá o, ya en el exterior, el Colegio de los Españoles en Bolonia o la Academia de España en Roma, debemos atender a obras más o menos coetáneas, tanto en Madrid: en la Casa de Velázquez, la Fundación del Amo o la Residencia de Estudiantes, como en París, en las residencias y colegios y de la Cité Universitaire.

Destaca en primer lugar la Casa de Velázquez de Madrid¹⁷, casi coetánea del Colegio de España, donde la presencia exterior francoespañola en estos años tuvo otro ejemplo emblemático. La analogía entre ambas fue expresamente señalada desde el primer momento. Un número especial de ‘L’*Illustration Economique et Financière*’ dedicado a España incluye un artículo de Doreste sobre la Ciudad Universitaria, el cual

PEREIRA, José Ramón: *Roma Capital, invención y construcción de la ciudad moderna*, La Coruña 2003,

¹⁷ El proyecto y obras de la Casa de Velázquez se recogieron periódicamente en las revistas españolas vid. *La Construcción Moderna*, 23/1927, 22/1928 y 11/1935.

termina: “La admirable institución francesa de la Casa de Velázquez, dentro del recinto de la Ciudad Universitaria, habla elocuentemente de nuestra amistad y de nuestro apego espiritual con Francia. En la Cité Universitaire, el Colegio de España será pronto realidad viva e instrumento generoso de intercambios culturales futuros entre las dos naciones hermanas”. Así se venía considerando ya desde 1923.

Formando parte de la red de las altas escuelas francesas en el extranjero, la Casa de Velázquez buscó desarrollar los intercambios científicos y artísticos entre España y Francia que, tras crear en 1909 en Madrid una Escuela de Estudios Hispánicos, quiso fundar una institución para acoger a hispanistas, investigadores y artistas franceses y españoles. La idea gustó al rey, con cuyo respaldo se cedió un amplio terreno en la Moncloa en 1920, en lo que luego sería la Ciudad Universitaria.

El autor del proyecto fue Léon Chiffrot (1868-1925), sucedido a su muerte por Camille Lefèvre (1876-1946). Chiffrot quiso proyectar un palacio barroco español de planta cuadrada organizado en torno a un patio central y con fachada flanqueada por torres herrerianas con chapiteles de pizarra. Para acentuar sus tendencias barrocas, se colocó como portada la del palacio de Oñate en la calle Mayor, derribada por esas fechas. El edificio ocuparía una superficie de 2.400 m², con 46 m de fachada; aunque en 1928 solo se inauguró la parte anterior, que comprendía gabinetes, dormitorios y estudios para 20 artistas e investigadores. “Cuando se realice todo el proyecto, el edificio rodeará a un patio español, circundado en planta baja por un claustro, al que darán los estudios de los artistas¹⁸”.

Más próxima arquitectónicamente al Colegio de España sería la desaparecida Fundación del Amo¹⁹ para 160 estudiantes americanos y españoles en la Ciudad Universitaria madrileña, promovida por el filántropo español residente en

¹⁸ Aunque la primera fase se inauguró en 1928, el conjunto no se terminó hasta 1935. Al año siguiente comenzó la Guerra Civil; la Casa estaba en primera línea del frente de Madrid, siendo destruida. En 1954 fue reconstruida por Jean Jacques Haffner, que dio al recinto de un aire más clasicista y un desarrollo volumétrico más contenido.

¹⁹ Igualmente destruida en la Guerra Civil, la Fundación fue publicada en las revs. *La Construcción Moderna* (17/1929) y *Arquitectura* (1931), así como en el libro *Arquitectura Contemporánea* (Edarba, Madrid 1935), donde se define como “residencia de estudiantes hispanoamericanos”.

California, Gregorio del Amo, y proyectada por Rafaél Bergamín (1891-1970) y Luis Blanco Soler (1894-1988). Con planta en forma de H, este edificio constaba de seis plantas, sótano incluido. En la planta baja estaba la sala de conferencias y de proyecciones, salas de estar, biblioteca, comedor, cocinas, y locales de administración. En las tres plantas generales de residencia había dos tipos de dormitorios, unos individuales y otros dobles, con sala de estudios intermedia. Cada grupo de 8 o 10 alcobas constituía una sección independiente, con sus servicios de lavabos, wc, duchas y baño. La fachada estaba chapada con losas de piedra, y las ventanas, desornamentadas, distribuidas con rigurosa simetría. Las obras se desarrollaron con gran rapidez, colocándose la primera piedra en mayo de 1929 e inaugurándose el 12 de octubre de 1930.

Como hemos indicado, los principales edificios de la Cité Universitaire guardan paralelismos a resaltar con el Colegio de España sobre las mismas bases culturales. En particular los grandes colegios belga, inglés y americano y la residencia Deutsch.

Proyectada por Lucien Bechmann, la Fundación Deutsch de la Meurthe²⁰ (1925), se organiza en seis edificios de apartamentos en torno a un jardín rectangular, con un pabellón central coronado por un *belfry*. Su estilo tradicional evoca la arquitectura de los colegios ingleses. “Había dos modos de abordar las fachadas —dijo Bechmann—: adoptar el espíritu moderno o aparentar arquitecturas del pasado. Expuse esto a mi cliente y su decisión fue clara. No quería que su Fundación hiciese tabla rasa del pasado (...) La Universidad tiene orígenes y tradiciones seculares; sus enseñanzas se basan en la experiencia y el saber de las generaciones que nos han precedido. ¿Por qué no inspirar sus edificios en estilos del pasado?” Así el proyecto de la fundación está impregnado de soluciones arquitectónicas de los *collèges* de Oxford.

Los otros referentes son las grandes fundaciones nacionales²¹ que, vecinas inmediatas del Colegio de España, contrastan con él en su tipología organizativa y en sus formas. Proyectada por Armand Gueritte, la belga busca una expresión unitaria, solemne y monumental mezclando caracteres flamencos y valones, mientras en la norteamericana Pierre Leprince-Ringuet busca el habitual modo *compositionalist* de los

grandes edificios universitarios americanos del momento. Por su parte, Pierre Martin y Maurice Vieu quieren evocar en el franco-británico la obra de las universidades inglesas, fragmentando su apariencia volumétrica y formal. Sus organizaciones planimétricas también difieren, siendo una U abierta al sur y al parque la franco-británica, mientras las otras dos plantean un esquema en doble T, si bien con acceso central la estadounidense y acceso frontal por el lado menor la belga.

Los tres —como todos los demás de la Cité— plantean un problema común a los edificios de la Cité Universitaire: el del carácter o estilo formal. Sobre si inspirarse en la arquitectura áulica o vernácula, religiosa o laica, antigua o reciente, cada uno presenta una respuesta diferente. Los tejados volados, la madera y el empanelado identifican el pabellón de Japón. La columnata jónica, la fundación helénica. La Fundación Argentina quiere evocar las viejas estancias de la Pampa. No se escapa de esta intencionalidad —entendida aquí como permanencia estilística francesa— la Maison Internationale, proyectada por Bechmann y Frédéric Larson²², que aúna los edificios sociales, administrativos y residenciales, y define la entrada principal a la Cité por un porche de arcadas, con una figuración que evoca la arquitectura de Fontainebleau.

Carácter excepcional y contrastante tienen el Pabellón Suizo (1933) y el Colegio Holandés (1938), que buscaron su expresión en las bases de la modernidad. Si el último, proyectado por Willem Dudok, muestra su personal concepción de ella y refleja la arquitectura holandesa de su tiempo, el primero es excelente ejemplo de la obra de Le Corbusier, que en 1925 había formulado sus célebres cinco puntos que, a modo de axiomas, se convirtieron en sintagma de la modernidad y que se ejemplificaron en el Pabellón Suizo: el plano y la fachada libre en las plantas repetitivas; la elevación de éstas sobre pilotes que separan el edificio del terreno y enfocan la entrada; la terraza utilizable con elementos y carácter diferenciado; la fachada libre, que no se supedita en alzado a la estructura; y el plano de fenestración que resalta respecto al de fábrica evidenciando su discontinuidad. Por su parte el elemento común se separó en otro bloque que, anclado al suelo, se expresó con materiales y texturas distintas, haciendo del Pabellón la manifestación construida de los ideales corbuserianos.

²⁰ Sobre la Fundación Deutsch vid. DREYFUSS-SEE, G., op. cit.

²¹ Sobre los restantes pabellones, vid. LEMOINE, B. op. cit.

²² LEMOINE, B. y DREYFUSS-SEE, G., ops. cits.

7. Problemas arquitectónicos

En el proceso de proyecto del Colegio de España se plantearon varios problemas. Los más importantes fueron el problema del estilo y la imagen, ligados al problema del ‘carácter’ y el problema de la organización tipológica.

El tiempo de Alfonso XIII fue un periodo de expansión edilicia cuya arquitectura, tras el Desastre del 98, tomó dos vertientes: la aproximación cosmopolita y modernista a Europa y la búsqueda intrahistórica. En un momento en que el ser de España parecía escapar de entre las manos, toda una generación volvió sus ojos hacia la memoria y la tradición nacional. Así se entiende la resonancia del Pabellón español en la Exposición Universal de 1900, que adquirió el valor de un manifiesto formal en la España del 98, cuyos ecos se prolongaron mucho tiempo, llegando hasta el Colegio de España.

Los nuevos ideales que surgen tras la Guerra Europea se manifiestan en la dialéctica entre tradición y vanguardia. La arquitectura titubea entre una tradición en la que enraizarse y una vanguardia que no acaba de encontrar. Junto a ellas surge un experimentalismo de base académica, bien representado por López Otero y todo un grupo de arquitectos que integran la llamada Escuela de Madrid²³ que, con voluntad renovadora, indagaría sobre las bases compositivas y constructivas de la arquitectura como paso previo para renovar los contenidos clásicos, cuya vigencia no se cuestiona.

Esquemática y quizá ambiguamente, la Escuela de Madrid identificó el problema arquitectónico con el problema del clasicismo y de la composición. Sin embargo, contra lo que podía parecer, fue en estos planteamientos donde tuvo su más exacta expresión el tránsito hacia la nueva arquitectura. En efecto, la arquitectura de los años veinte tendrá una base teórica común: el llamado composicionalismo, que se implanta con fuerza en torno a 1920. En esos años se desarrolló una síntesis práctica y depurada del clasicismo, convencida de que —como en tiempos de Durand— la composición era un valor absoluto al que podía acomodarse cualquier forma estilística. Pese a su aparente tradicionalismo, ese nuevo clasicismo quiso ser un antídoto a la dispersión. Las vagas pautas del gusto y lo correcto acompañaron esta síntesis clásica en muchas Escuelas europeas y ame-

ricanas²⁴ y también en Madrid, donde la personalidad de López Otero simboliza la fisonomía nueva que ofrece la Escuela a las nuevas vías de renovación de los años veinte, bien reflejada en los proyectos de su joven equipo de colaboradores vinculados a la Ciudad Universitaria.

En cuanto a las bases formales o estilísticas del Colegio, debe resaltarse la continuidad formal con sus obras coetáneas en Salamanca o en Sevilla, dándose una coincidencia en la estructura de los alzados, elementos y detalles que, con variaciones de tono, tamaño, ritmo y proporción de huecos, son similares. Debe recordarse el deseo de sus promotores de que el edificio fuera eminentemente español, es decir, que su arquitectura reflejara la historia española. La respuesta fue un proyecto austero, cuyas formas y volúmenes ofrecen un conjunto unitario —quizá el más clásico de los concebidos entonces por López Otero—, conformando una imagen sobria y rotunda.

El sistema Beaux-Arts unía las bases compositivas de Durand —asociando los elementos mediante una retícula cuyos ejes organizaban el proyecto, estableciendo jerarquías espaciales— con el problema del denominado ‘carácter propio’. Así, López Otero debió insistir en el carácter español del Colegio, de acuerdo con los deseos tanto de Madrid como de París. El problema era identificar arquitectónicamente España en un lenguaje comprensible a los residentes de la Cité, originarios de todo el mundo. El problema no era nuevo: se había planteado ya en las Exposiciones Universales del XIX, con dos fuentes de inspiración: la árabe (Viena 1873, París 1879) y la plateresca (París 1867 y 1900, Roma 1911). Cada una identificaba una visión de España²⁵.

López Otero quiso rendir un homenaje a la tradición universitaria: “al recuerdo de nuestras universidades de Alcalá y de Salamanca, tan prestigiosas”, con un diseño ‘nacional’, aunque abstrayendo y simplificando los modelos

²⁴ En estos años se publicaron en el mundo anglosajón un buen número de obras sobre el tema, con finalidad pedagógica, que abordaban temas como: unidad, composición de masas, contraste de formas y volúmenes, composición de la planta, relaciones entre planta y alzado, carácter, escala, etc. “Las líneas generales de una composición —se afirmaba— son relativamente fáciles de explicar, pero a medida que se entra en materia aparecen sutilezas interesantes, que sólo puede captar un conocimiento profundo”. Vid. ALONSO PEREIRA, J. R.: *Inglés y españoles*, op. cit.

²⁵ SAZATORNIL RUIZ, Luis: *Le College d’Espagne*, breve folleto editado por el Colegio de España, París 1997.

²³ ALONSO PEREIRA, J. R.: *Madrid 1898-1931*, op. cit.



Fig. 6. El Colegio de España, las torres como emblema simbólico del Colegio.

en el proyecto, dando tono severo al edificio y austeridad a su decoración. La personalidad del edificio reside en sus torres, versión moderna de las de Monterrey (figura 6). “El Colegio de España —se escribió²⁶— se refiere en su concepción a la tradición universitaria española de los siglos XVI y XVII. La coronación de sus cuatro torres ilustra dicha referencia”.

El Colegio es un edificio exento, que consta de una planta semisótano y cinco sobre rasante. La tipología de organización —como reflejó, tiempo más tarde, López Otero en una nota manuscrita— consideró tres esquemas posibles de distribución del edificio: en C, en E y en H, decidiéndose por este último.

Al igual que en la Fundación del Amo, la forma en H parece deberse a la necesidad de dar solución funcional a los problemas de recorridos e independencia de las zonas habitacionales. Desechada la distribución con patios de otros proyectos coetáneos, esta planta permitía un acceso en el eje de simetría que independizaba los espacios a ambos lados disminuyendo las circulaciones. En esa H las alas albergan la residencia y las distintas dependencias, situando en el eje transversal las circulaciones verticales y las es-

tancias comunes de cada planta. Reservado el sótano a servicios generales, la planta baja contaba con una escalera central, que arrancaba de un amplio vestíbulo, y dos cuerpos laterales con la sala de conferencias y la dirección a un lado, y el comedor y la sala de lectura y la biblioteca al otro. Los pisos se ocupaban con los dormitorios y una pequeña sala de estar por cada planta. La similitud de la composición en planta se refuerza en los alzados, totalmente revestidos con piedra que quiso actuar como material de perennidad y ayudar a reforzar la claridad volumétrica y arquitectónica²⁷.

8. Los tiempos del Colegio de España

Realizado en paralelo con los trabajos de la Ciudad Universitaria madrileña, en junio de 1928 se remitió a París el anteproyecto del Colegio, que fue aprobado en julio, causando grata impresión por “el depurado arte y el estilo español de suma elegancia con que está concebido”. Ese otoño se redactó el proyecto definitivo, que se desarrolló para su ejecución material

²⁶ Rev. *L'Architecture*, 1935 y Archivo ACEP.

²⁷ JIMÉNEZ FRAUD, Alberto: *La Residencia de Estudiantes*, ed. Ariel, Barcelona 1970.



Fig. 7. El Colegio de España, foto de grupo de residentes h.1935.

en los medios franceses y, adaptado a ellos, se sometió a subasta para la contratación, dando comienzo a las obras en septiembre de 1929.

La proclamación de la República en abril de 1931 abrió una primera etapa de incertidumbre, que tardará un poco en reconducirse y reconducir a su vez el proceso de construcción. Tras unos momentos iniciales de duda, en que llegó a contemplarse la cesión del edificio a la Universidad de París, el apoyo de Alberto Jiménez Fraud y del nuevo embajador, Salvador Madañaga, imprimió un fuerte avance a los trabajos.

En 1932 parecía que iban a darse por finalizadas las obras e iba a procederse a habitar e inaugurar el Colegio. Así lo recogió la prensa de la época. Las cosas, sin embargo, se retrasarían un tanto. Aunque en otoño de 1933 ya llegaron algunos estudiantes y en 1934 se constituyó su Consejo de Administración, la inauguración oficial no tuvo lugar hasta abril de 1935 (figura 7).

El estallido en julio de 1936 de la Guerra Civil supuso un cambio trágico en la vida, recién iniciada, del Colegio. Luego, durante los años de la Guerra Mundial, el Colegio, igual que el resto de la Cité Universitaire, estuvo ocupado, por los alemanes. Liberado París en agosto de 1944, la Cité permaneció en poder militar, esta vez de las fuerzas americanas, que ocuparon todo el edificio, causando importantes daños.

En 1947 España recuperó el Colegio y envió un nuevo director: José Antonio Maravall, abriéndose una nueva etapa en la vida colegial, en una situación material y económica poco favorable, pese a lo cual se mantuvo un notable nivel de actividad. Durante dos décadas, el Cole-

gio desarrolló una presencia activa de la cultura y la ciencia españolas en París, manteniendo su actividad hasta los acontecimientos revolucionarios de mayo de 1968, que supusieron un punto de inflexión para el Colegio y para toda la Cité. El Gobierno se vio obligado a cerrar el Colegio indefinidamente debido a los disturbios estudiantiles y a las confrontaciones políticas antifranquistas. El cierre fue seguido del abandono.

Los destrozos de 1968 y luego de 1975 afectaron de tal manera al edificio que se llegó a pensar en su reedificación, tarea iniciada en mayo de 1982, cuando el Gobierno de Calvo Sotelo encargó un anteproyecto a Alfredo Rodríguez Orgaz, que lo presentó en noviembre de 1982, ya bajo el nuevo Gobierno del PSOE, en el que la presencia del hijo de Maravall como ministro de Educación reforzó el impulso iniciado, abordando de modo definitivo las tareas que, tras la adaptación del proyecto anterior por Jara-Ron y González Jiménez, permitió dar comienzo a las obras en diciembre de 1985. Dos años después, el 16 de octubre de 1987, los Reyes de España y el presidente Mitterrand inauguraron la nueva etapa del Colegio de España que, un cuarto de siglo después, continúa activa²⁸.

José Ramón Alonso Pereira
La Coruña, febrero de 2013

²⁸ Vid. las reseñas publicadas en los distintos aniversarios por el Colegio de España, con sendos folletos-resumen de las investigaciones de sus autores, GARCÍA CALVET, Teresa (1987), VIRGILI, Carmina (1997) y LUCAS, Javier ed. (2010).